

Bagdad, una historia trágica

Gema Martín Muñoz

Bagdad representa una gran paradoja. La evocación mítica que contiene su apelación no se traduce en una identidad física de la ciudad que permita seguir las huellas de su carácter milenario y su profundo anclaje en la historia. A diferencia de El Cairo o Damasco, ha sido víctima de una reiterada experiencia de destrucción y violencia que ha ido borrando la mayor parte de su legado histórico y cultural. Esta ciudad no te traduce ni te narra sus seculares e intensas peripecias políticas, sociales y artísticas. Por el contrario, hoy día, lo que te cuenta esa ciudad cuando la ves y la recorres es el definitivo “memoriciديو” al que ha sido fatalmente condenada.

Otra de las paradojas de su violento y trágico destino es que su primer nombre fundacional fue “Ciudad de la Paz” (*Madinat al-Salam*), nombre elegido por el califa Al-Mansur en el 762 cuando la creó *ex novo* a partir de una pequeña aldea llamada Bagdad en la orilla occidental del Tigris para representar la nueva capital de la dinastía abbasí, una vez culminado el derrocamiento del califato omeya con capitalidad en Damasco. Cuentan las fuentes que al-Mansur buscando el lugar idóneo para construir la nueva capitalidad del Imperio se convenció de que aquel era el mejor lugar, enclavado a orillas del Tigris, cerca del Eufrates, rodeado de cuatro zonas agrícolas y a donde las caravanas egipcias y sirias podían fácilmente acceder, así como, remontando el Tigris, los ricos productos de la China, y descendiendo por el mismo río los de Bizancio y Mosul. Protegida por la proximidad de los dos grandes ríos, era también un excelente lugar para la defensa militar.

Arrasada cinco siglos después, nada ha quedado de aquella magnífica ciudad que siguiendo la tradición persa parto-sasanida era circular y estaba rodeada por tres murallas concéntricas con cuatro

puertas que se abrían hacia Basora, Siria, Kufa y el Jorasán. El palacio califal, con una inmensa sala del trono inspirada en la del palacio persa de Tesifonte, ocupaba junto con la gran mezquita y más de un kilómetro de jardines el centro de aquel enorme círculo urbanístico.

La ciudad, cuyo nombre de Bagdad acabó imponiéndose sobre el de “Ciudad de la Paz” como si intuyese lo poco fundado de su denominación original ante los avatares que la historia le deparaba, se convirtió en el centro de las grandes rutas de comunicación con Persia y la India y de una intensa vida cultural que dio al Imperio islámico sus siglos de mayor esplendor. No obstante, aunque la gloria de Bagdad ha encontrado sobre todo en las *Mil y Una Noches* un recuerdo legendario vinculado al califa Harun al-Rashid, la realidad fue más prosaica. El quinto califa abbasí Harun Al-Rashid pasó la mayor parte de su reinado guerreando fuera de Bagdad y dejando como herencia la decisión de dividir el imperio entre sus dos hijos, lo que ocasionó a su muerte una primera y sangrienta guerra civil de la que salió vencedor Al-Ma'mun. Fue a este califa a quien se debió la creación en Bagdad de La Casa de la Sabiduría (*Bayt al-Hikma*), lugar de desarrollo filosófico y científico donde se tradujeron a Galeno, Hipócrates, Dioscórides, Tolomeo, Euclides, Arquímedes y donde surgió el álgebra y la óptica, convirtiendo al árabe en la lengua del conocimiento.

La invasión mongol en 1258 destruyó Bagdad hasta sus cimientos y masacró a sus habitantes. De acuerdo con la ley de los mongoles que prohibía el derramamiento por el suelo de sangre real, el califa al-Musta`sim fue enrollado entre alfombras y pateado por caballos hasta su muerte. Este no era sino el

preludio de las futuras catástrofes que iba a padecer la ciudad y sus pobladores hasta hoy día.

Aunque uno de los gobernadores mongoles rehizo Bagdad como residencia real, en 1393 Tamerlán (Timur-i Lang), quien desde su reino en Samarcanda llevó a cabo sangrientas expediciones por Persia, el Cáucaso y Oriente Medio, volvió a arrasar la ciudad llevándola a un declive definitivo. El historiador egipcio Maqrizi relataba en el siglo XV: “*Bagdad está en ruinas. No hay ni mezquita, ni fieles, ni mercado. La mayor parte de sus canales están secos. Es difícil denominarla ‘ciudad’.*” Recuperada por los otomanos, la ciudad comenzó a reponerse al convertirse en 1535 en capital de una de las provincias (*wilaya*) en que el imperio otomano dividió a los territorios árabes del norte de África y Oriente Medio.

La recuperación otomana

De acuerdo con el imprescindible estudio de André Raymond sobre las ciudades árabes en época otomana, los amplios perímetros de la que había sido la gran urbe de Bagdad sólo fueron ocupados parcialmente, situación que se daba aún en el siglo XIX, tal y como describió el viajero J. F. Jones en 1855 cuando dibujó el plano de Bagdad. Su crecimiento urbano, por tanto, fue limitado y se desarrolló en el interior de sus muros sin ninguna expansión de barrios exteriores, como fue el caso de otras ciudades de mayor importancia en esa época como El Cairo, Túnez o Damasco. Asimismo, su condición de región fronteriza con Persia, vieja rival histórica, obligó a mantener y consolidar permanentemente sus murallas. Otra característica de la nueva conformación de la ciudad fue el desplazamiento de la ciudadela, lugar del poder político y militar turco, del centro a la periferia. Esta se construyó en el muro norte de Bagdad en tanto que en el centro de la ciudad, muy próximo al puente sobre el Tigris, se reagrupaban la mayor parte de los mercados (*sug*), la alcaicería y las alhondigas (*jan*). La explicación principal de esta ubicación respondía a la voluntad otomana de garantizar la seguridad del centro político aislándolo de una ciudad árabe cuya agitación se

temía. El sistema otomano se basó en el control de sus provincias a través de una oligarquía compuesta por el gobernador o pachá (poder político), las milicias compuestas sobre todo de jenízaros (poder militar) y los jueces o qadís (poder legislativo), en tanto que la Sublime Puerta se resignaba a aceptar inevitables dinámicas de autonomía local. No se trataba pues de un sistema político fuertemente centralizado.

El sistema del *millet* organizó a los grupos religiosos minoritarios en conjuntos autónomos, reglamentando su reconocimiento y derechos, a la vez que conformó una mayor repartición espacial de la ciudad por barrios residenciales en los que vivían las diferentes comunidades cristianas, judías, shiíes, kurdas. Esa tolerancia otomana con respecto a las minorías, y la amplia autonomía que les dejaban en su administración interna, explican también el crecimiento de la presencia de judíos en las provincias del imperio otomano, donde a las comunidades históricamente existentes se les sumaron colectivos procedentes de Europa buscando un refugio a las persecuciones que allí sufrían. Aunque Bagdad contaba con una tradición de presencia judía muy representativa (hasta 1451 fue la sede del jefe de la comunidad judía de Babilonia, al cual los abbasíes concedieron en diversos momentos una sustancial autoridad independiente), en el período otomano la comunidad judía bagdadí llegó a ser una de las más numerosas e influyentes a través de la banca (*sarraff*), situación que se prolongó hasta los años cincuenta tras la creación del Estado de Israel. De una superficie total de 340 hectáreas y unos 90.000 habitantes, el barrio judío del Bagdad otomano ocupaba 17 hectáreas y sumaba una población en torno a 10.000 habitantes.

El momento europeo

La transición entre el siglo XIX y XX significó la progresiva tutela económica europea sobre el Imperio otomano y la creciente pérdida de soberanía de la Sublime Puerta sobre sus provincias árabes. Aquellos años estuvieron dominados en el Oriente árabe por el “Gran Juego”, un complejo y sinuoso ejercicio de diplomacia secreta entre ingleses, france-

regir una monarquía hereditaria de tipo constitucional parlamentaria cuyos principios de funcionamiento democrático fueron en todo momento desnaturalizados.

Un proceso de renovación urbana caracterizará a la urbe del Tigris con la cual la pro-británica monarquía iraquí aspiraba a modernizar, en clave europea, su paisaje y visibilidad. Una ciudad nueva de grandes avenidas, plazas y edificios de estilo occidental serán erigidos para corroborar a través del urbanismo la máxima colonial de que modernización era europeización. Además de arquitectos ingleses durante el mandato colonial, la renovación de la ciudad a principios de los años cincuenta fue encargada a grandes arquitectos internacionales como Wright, Le Corbusier, Gropius y Doxiadis.

Tras la Segunda Guerra Mundial Bagdad fue testigo del desarrollo de una nueva generación política que también alcanzaba a las esferas de los más jóvenes oficiales del ejército. De un lado el Partido Comunista Iraquí, si bien en la clandestinidad, empezó a organizar huelgas en la industria petrolera, seguidas de una severa represión. El partido árabe socialista del Baaz, nacido en Siria, iba también ganando aceptación entre esa nueva generación iraquí que sentía cada vez mayor desafecto hacia el modelo liberal dependiente de Gran Bretaña, y a la clase parlamentaria iraquí dominada por notables y terratenientes que no tenían ningún interés en reformar ni social ni económicamente al país. A ello se unía la amargura ante la creación del Estado de Israel seguida de la guerra de Palestina entre 1948-49 y la influencia de la experiencia del Egipto revolucionario de Gamal Abdel Naser. El 14 de julio de 1958 Bagdad vivió una nueva revolución cruenta que puso fin a la monarquía y proclamó la República. Por sus calles fue arrastrado hasta la muerte el pro-británico primer ministro Nuri al-Said y en una de sus plazas centrales fue ahorcado el rey.

La restitución de la soberanía

El Bagdad de la República iraquí va a experimentar una profunda transformación vinculada al proceso de desarrollo e industrialización del país, a la

emigración del campo a la ciudad que dicho proceso iba a generar, y al monumentalismo urbanístico que la megalomanía del régimen baazista, sobre todo con Saddam Husein como presidente, va a suscitar.

Hasta finales de los años sesenta Irak podía ser considerado un país subdesarrollado y poco industrializado, pero en la década siguiente va a experimentar un proceso de desarrollo económico e industrial intensivo que le colocará a la cabeza de los países árabes de la región y le convertirá incluso en un país receptor de inmigración. No obstante este proceso tendrá lugar en el marco de un Estado rentista supeditado a los ingresos del petróleo y muy dependiente de tecnología exterior. La definitiva nacionalización del petróleo en julio de 1972 y el aumento de los precios del mismo tras la guerra árabe-israelí de 1973 marcaron la época del gran desarrollo social y económico. Bagdad, símbolo del régimen, acogerá grandes construcciones modernas (palacios, ministerios, puentes, arcos triunfales, estadios, museos, mezquitas, el banco central) signo de la prosperidad, del modelo socio-económico distributivo y de la prepotencia de su clase gobernante. En esta nueva renovación de la ciudad se encargaron también proyectos a arquitectos extranjeros como Venturi y Bofill.

El desarrollo iraquí de esta época llevó al país a experimentar una gran transformación social (crecimiento demográfico superior al 3%, pleno empleo, intensivo acceso a la educación, etc), lo cual motivó la emigración del campo a la ciudad, de manera que en 1980 el proceso de urbanización se había disparado. Bagdad será el principal polo de atracción, agrupando ya en 1977 al 26,4% de la población total del país. Este proceso acelerado de migración hacia la capital convirtió Bagdad en el laboratorio y muestra de la gran diversidad confesional y étnica de Irak.

Irak es el país del Medio Oriente que cuenta con la más compleja pluralidad de comunidades, cuyas identidades o factores de cohesión derivan de referencias confesionales, étnicas, lingüísticas, e incluso modos de vida diferentes según se trate de beduinos, campesinos o ciudadanos. Sin embargo, la famosa expresión de Irak como “mosaico de pueblos y reli-

giones” no debe ocultar la existencia de dos grandes mayorías, la musulmana y la árabe. La cuestión está en que esas dos grandes referencias mayoritarias, la arabidad y el islam, nunca han sido factores de unidad y cohesión nacional en este país. Los musulmanes representan la inmensa mayoría con más del 90% de la población y los árabes en torno a un 74%, en tanto que los kurdos suman un 20%. Pero existen divisorias sustanciales entre ellos que los fragmentan y los separan. Árabes sunnís y shiíes tienen diferentes memorias colectivas y una experiencia histórica bien distinta que prevalece sobre su común arabidad, mientras entre los kurdos (que son musulmanes) lo que sin duda prevalece sobre su identidad musulmana compartida con los árabes es su identidad no-árabe, de origen indo-europeo, y la preservación de su propia lengua, que procede del persa.

En consecuencia los tres grandes grupos de población en Irak se reparten entre la mayoría árabe shií (en torno al 55% de la población total) y los árabes sunnís y kurdos, que representan más o menos un 20% cada uno.

Estas divisiones, complicadas porque son a la vez étnicas y religiosas, lo son más aún por una configuración geográfica en la que cada una de estas comunidades se encuentra adosada, más allá de las fronteras, a regiones donde son mayoritarias. Los kurdos proceden sobre todo de las zonas montañosas del norte iraquí, pero la población kurda se reparte también entre Turquía, Siria e Irán. Los shiíes son originarios de la mitad sur de Irak, aunque la identidad shií se prolonga a todo un Irán con el que han tenido relaciones históricas de gran alcance. Los árabes sunnís proceden del centro-norte del país y comparten un sentimiento de pertenencia común con la mayoría árabe sunní del Medio Oriente.

No obstante, es muy importante señalar que las relaciones individuales entre los miembros de esas comunidades nunca se caracterizaron históricamente por el enfrentamiento, prevaleciendo la convivencia e incluso las mezclas, como lo prueba de la existencia normalizada de matrimonios mixtos. La confrontación violenta siempre tuvo unas raíces políticas fruto de las turbulentas relaciones, sobre todo de shiíes y kurdos, con un Estado hegemónico monopolizado por círculos de árabes sunnís.

Estos tres grupos de población iraquí están concentrados en diferentes regiones del país, y esto ha determinado las zonas geográficas más insurgentes con respecto al régimen de Bagdad. Del sur de la región de Bagdad al Golfo, siguiendo las orillas del Tigris y el Eufrates, la región más densamente poblada, es lo que podríamos llamar el país shií. Al norte de Bagdad y del Medio-Eufrates, es donde se encuentra el dominio histórico de los árabes sunnís con islotes shiíes. Y las montañas, en el norte, constituyen el dominio kurdo, básicamente sunnís, con islotes cristianos y yezidíes. Pero este universo plural geográficamente distribuido entre norte, centro y sur, estará globalmente representado en la capital, Bagdad, principal ciudad de atracción de las migraciones internas y donde en torno a un 65% de su población es árabe shií (con tres millones concentrados en el popular barrio de Sadr city) y al menos un 10% kurda.

A pesar de que los grandes lugares santos shiíes se encuentran en Nayaf y Kerbala, la ciudad de Bagdad también cuenta con santuarios shiíes de gran importancia en Kazimayn, barriada al norte de la capital, donde se encuentran las tumbas del séptimo y noveno Imames shiíes, Musa Ibn Yafar y Muhammad Ibn Ali al-Yawad, atrayendo históricamente multitud de peregrinos. Asimismo Bagdad acoge importantes lugares santos de célebres personalidades musulmanas sunnís como la de Abd al-Qader al-Yilani, la del célebre sufí Maaruf al-Karji y la del fundador de la escuela jurídica hanafí, Abu Hanifa.

Bagdad bajo las bombas

A partir de 1980 Irak va a padecer una serie de guerras, de diferente origen y en contextos regionales e internacionales diversos, que se prolonga hasta la actualidad. En todas ellas padecerá una continuada destrucción. Primero fue la guerra contra Irán que duró hasta 1988, la década en que Saddam Husein fue erigido por occidente como “libertador” y adalid de la lucha contra el régimen iraní de Jomeini. Este inútil e irracional conflicto tuvo en su capítulo conocido como “la guerra de las ciudades”



Cruce de la calle Khulafa y de la plaza al-Khulani (antes de que un suicida la destruyera con un coche bomba en octubre de 2007). Foto tomada el 24 de marzo de 2006 por la Dra. Ghada Siliq. (Universidad de Bagdad).

un carácter particularmente destructor para las urbes iraquíes e iraníes. Al final, ambas partes acabaron arruinadas y agotadas, sumando un millón de muertos, entre ellos multitud de civiles. Irán no había podido llevar a cabo ningún programa de desarrollo, yendo todos los beneficios del petróleo a la financiación de importaciones y de la guerra, mientras la situación social y económica de la posguerra era catastrófica: entre 1979 y 1988 el producto interior bruto sólo había aumentado un 10% en tanto que la población había crecido un 30%, y oficialmente se estimaba que la reconstrucción necesitaría 300 mil millones de dólares. Irak acababa la guerra con una deuda de 80.000 millones de dólares y lo destruido se estimaba en 70.000 millones de dólares, todo lo cual se traducía en enormes dificultades económicas para afrontar el futuro del desarrollo logrado en los años setenta.

La invasión de Kuwait por parte de Saddam Husein en 1990 se inscribió inicialmente en la misma estrategia de supervivencia política y búsqueda de liderazgo que le había llevado diez años antes a invadir Irán, acentuada ahora por la difícil situación económica interna y el creciente malestar social provocados por la ruinosa guerra anterior. Pero diversos factores convirtieron en muy diferente este segundo conflicto: la agresión iba dirigida hacia otro país árabe, ponía en peligro a la región petrolífera

pro-occidental por excelencia y tuvo lugar en un momento en que el orden internacional cambiaba de manera determinante por el colapso y derrumbe final de la URSS. En ese momento de gran incertidumbre ni Saddam Husein supo calibrar el significado de los cambios internacionales que estaban acaeciendo ni los EEUU quisieron perder la ocasión que les brindaba la crisis para establecer las nuevas bases de su hegemonía en Oriente Medio y el mundo en general.

Esa nueva guerra internacional contra Irak, llamada del Golfo, volvió a hacer de sus ciudadanos las principales víctimas. Bagdad, una vez más bombardeada, siguió acumulando destrucción y subdesarrollo. Los once años de severo embargo internacional que le siguieron llevaron a este país y a su capital a niveles preindustriales con una crisis humanitaria que según la UNICEF provocó la muerte de medio millón de niños entre 3 y 5 años. La invasión de este país en 2003 por parte de EEUU ocasionó un definitivo “memoricidio” para Bagdad. En las primeras semanas de la invasión el saqueo y el pillaje sistemático de su patrimonio cultural y arqueológico, ante la incomprensible inacción de las fuerzas ocupantes, que sólo protegieron el Ministerio del Petróleo, dejó a esta ciudad sin memoria histórica. Con la destrucción de la Biblioteca y Museo Arqueológico Nacionales, que guardaban tesoros de las primeras civilizaciones, ardió también la memoria de la humanidad. Desde entonces la violencia, el caos y la degradación socioeconómica han llevado a esta vieja y castigada ciudad a una deriva de destrucción, hoy por hoy, sin fin.

Arabista y Directora General de Casa Árabe-IEAM

Notas

- 1 Hemos procurado introducir el menor número posible de términos árabes, si bien en algunos casos nos ha parecido imprescindible su reproducción, la cual señalamos siempre con cursiva. En el caso de los nombres propios hemos optado por transcribirlos de la manera más simplificada y accesible a la fonética del español.